

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORÁL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

SERMON

PARA LA DOMINICA 3.^a DE ADVIENTO

¿Tu quis est?
Joan. I, 19.
¿Tú quién eres?

Cierto es que en muriendo serémos juzgados por Dios, y que cada uno recibirá premio ó castigo segun sus obras. Sabemos que los buenos serán destinados á la gloria eterna del cielo y los malos al fuego eterno del infierno. Los cielos y la tierra pueden faltar, pero no faltará la palabra de Dios en órden á los premios y castigos de la otra vida.

Ahora, si tenemos verdadera fé; si de veras nos interesamos por nuestra suerte futura; si sabemos apreciar en su justo valor el supremo negocio de nuestro eterno destino, es natural que cada uno se pregunte á sí mismo: ¿Cuál será mi suerte el dia de la cuenta? ¿Qué sentencia me tocará? ¿Será de condenacion ó de salvacion? Preguntas son estas que debiéramos hacernos

á cada instante con temor y temblor. El problema no puede ser más formidable. Pero sabed que la solución de ese formidable problema, la clave de ese trascendental enigma está en vuestro mano. Delante de vuestros ojos ha puesto el Señor la vida y la muerte. Sois dueños de vuestro eterno destino. Sereis en la vida futura lo que hayais elegido en la vida presente. El Sinhedrio de Jerusalem envió comisionados cerca del Bautista, y le preguntaron: ¿Tu quis est? ¿Tú quién eres? San Juan se conocia á sí mismo con perfectísimo conocimiento, y porque poseia toda la verdad acerca de sí mismo, acerca de su mision, de su destino, y de su valor personal confesó lo que era y lo que no era.

¿Quereis saber vosotros vuestro destino de ultra tumba? ¿Quereis averiguar lo que sereis en la eternidad? Pensad ahora de corazon, y responded á esta pregunta? ¿Tu quis est? ¿Quienes sois en la vida del tiempo? ¿Cuál es el

estado de vuestra conciencia? *¿Quod est opus tuum?* ¿Cuáles son vuestras obras? Hé aquí el asunto de mi discurso y de vuestra piadosa atención.

No hay ciencia mas útil al hombre que el conocimiento de sí mismo. Es un bien excelente, (1) es una lección altísima, y utilísima (2). Aunque conocieras todos los secretos del cielo, de la tierra, y de los mares, sino te conoces á tí mismo, serás semejante al que intenta edificar sin cimientos (3). Afánanse los hombres por conocer la formación y antigüedad de las montañas, la vida de las plantas, las costumbres de los animales, y no se acuerdan de estudiarse á sí mismos (4). Conociéndote á tí mismo eres mas sábio que si llegaras á conocer el curso de los astros, la virtud de las yerbas, las complexionés de los hombres, la naturaleza de los animales y todos los misterios de la creación (5). Lleno está el mundo de hombres que se tienen por sábios y no dudo yo que poseerán vastísimos conocimientos de las cosas naturales, y aún afirmaré de buen grado que tratándose de esta ó de la otra ciencia pueden ostentar el título de *eminencias* ó *especialidades*, pero estad seguros que muchos de esos hombres, están muy lejos de poseer la ciencia de sí mismos. Acercáos á esas

eminencias del saber, á esas lumbreras del mundo, á esas especialidades del arte, y preguntadles: *¿Quis es tú?* ¿Quiénes sois vosotros? y vereis con asombro que no se conocen á sí mismos, ó tienen de sí un concepto falso, ó nada saben del arte sublime de la salvación. Por lo cual decia San Bernardo: Ante todo aplíquese el hombre al estudio de sí mismo para adquirir la ciencia de ser bueno en esta vida y dichoso en la eterna vida; ciencia sublime, trascendental, en cuya comparación ni aun citarse merecen los conocimientos mas profundos y eminentes. *Excelxi et eminentia non memorabuntur amplius*. Procurad, hermanos míos, conocer lo que sois ahora para saber lo que sereis despues. *Stude, homo ante omnia teipsum cognoscere*. ¿Cuál es el estado de vuestra alma? *¿Quis es tú?* ¿Estais en gracia ó en pecado? ¿Sois justos ó pecadores? Meditadlo bien, que son muchos los que se pierden porque no piensan de corazón. *Quia nullus est qui recogitet corde*. Si estais en gracia, si sois justos, teneis derecho á las riquezas del cielo, vuestros nombres están escritos en el libro de la vida, y entrareis en la posesion de la gloria si perseverais en la gracia y amistad de Dios hasta el último aliento de vuestra vida. *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit*. Luchad valerosamente por conservar ese dichoso estado á fin de que nadie os arrebaté vuestra corona.

(1) Arist 9 Ethic.

(2) Ven. Kemp. lib. 4, cap. 2.

(3) S. Bern. lib. de Consider.

(4) S. Aug. Lib. 10 Conf.

(5) Ugo. Lib. 1, de ánima.

Pero si estais en pecado mortal, si sois pecadores, no preguntéis por vuestro eterno destino. La fé os dice que si la muerte os sorprende en pecado izeis al fuego eterno. *Et ibunt hi su ignem æternum.*

Ahora oid y atended para que penseis de corazon. El conocimiento de vosotros mismos es una ciencia que todos estais obligados á adquirir, toda vez que estais obligados á cuidar de vuestra alma y á conocer el arte de ser felices por toda la eternidad. Examinad vuestra conciencia, poned la mano sobre vuestro corazon, escuchad sus latidos y decidme: ¿Qué sois? Confesad que sois soberbios, iracundos, lascivos, avaros, blasfemos, ambiciosos, y afeminados. Confesad y no lo negueis que vivis en pecado, que rendis tributo á vuestras pasiones; y quizá lo ignorais. ¿No es verdad que sois ciegos, miserables y desgraciados y no lo sabeis? ¡Desgracia lastimosa! Preguntados ¿quiénes sois? respondéis muy satisfechos: Yo no robo ni mato ni hago mal á nadie. ¿Y os parece que eso basta para ser buenos cristianos y lograr vuestra salvacion? Pues qué, ¿no roba ni mata ni hace mal á nadie el murmurador, el lascivo, el escandaloso, el violador de la ley de Dios y de los dias de fiesta? ¿No roba á Dios su gloria el que se gloria de su salud, de su fuerza, de sus talentos, de sus riquezas como si nada hubiese recibido? ¿No es el ingrato un ladrón de la gloria de Dios? Decis

que no matais, y yo os pregunto: ¿No escandalizais á vuestro prójimo con vuestras palabras y con vuestras obras? ¿No sois causa y motivo de que ofendan á Dios vuestros amigos, vuestros hijos, vuestros criados y dependientes? ¿Y qué haceis obrando de esta manera impía y anti-cristiana sino robar al prójimo el tesoro de su inocencia ó de su virtud y matar la vida de sus almas? Pero no haceis mal á nadie, replicais, porque nada de eso se os puede atribuir. Yo os felicito si estais libres de esos pecados que son tan frecuentes en nuestros dias; mas no puedo tranquilizarme si veo que os robais y dais muerte á vuestras almas. Y eso es lo que ven mis ojos y desgarrar mi corazon. Podiais ser ricos en virtudes y buenas obras y pecando, os despojais de ese rico tesoro, robais á vuestro corazon la pureza, á vuestra alma la gracia y la gloria. Podiais gozar las dulzuras de la paz interior, vivir la vida de los santos y poseer los preciosos derechos de los hijos de Dios y pecando os arrojaís voluntariamente en brazos de la muerte y en un abismo de desventuras. Conoced lo que sois, confesad, y aplicad el remedio. Ved que los hombres estudian mucho y trabajan con ahinco, y no perdonan sudores, dispendios ni fatigas para adquirir una ciencia, para aprender un arte, para crearse una posicion, perfeccionar una industria, para aumentar sus riquezas, sus regalos y comodidades. No reprueba la Religion

éstos afanes del hombre ni censura los progresos de la materia, antes bien ella alienta al sábio en sus trabajos, y bendice y promueve todos los adelantos. Lo que condena la Religión y deplora la Iglesia es que los intereses materiales se antepongan á los intereses morales. Lo que merece reprobacion y no puede verse sin lágrimas es esa afanosa actividad para adquirir las cosas de la tierra, y esa ignorancia inconcebible, y esa culpable negligencia para los intereses eternos del alma. El hombre, inventor de las ciencias, de las artes y de la industria, dice San Efrén, hace prodigios: imágen de Dios, es acá abajo un segundo criador: mas al contemplar como abusa de sus grandes facultades, parece un vil insecto que, extraviado en un magnífico palacio, roe cuanto encuentra. ¡Ay! hermanos míos. ¿Qué adelantaremos con ser dueños y señores de todo el universo si perdemos nuestra alma? (1) Habeis sabido aumentar vuestra fortuna, enriquecer vuestra familia, mejorar vuestra industria, desarrollar vuestro comercio, cultivar vuestros campos y lograr buenas cosechas. Pero ¿no habeis sabido cultivar la virtud y acaudilar buenas obras? Pues sois los mas nécios y desdichados de los hombres. *Stultissimus sum virorum.* ¿No habeis sabido ganar el cielo y salvar vuestra alma? Pues todo lo habeis perdido. Aprended á conoceros á vosotros mismos, do-

minad vuestras pasiones, combatid el vicio y el pecado, atesorad buenas obras, estudiad el arte de la salvacion eterna, y creedme, salvando vuestra alma, lo habeis ganado todo en el tiempo y en la eternidad.

LA CONDESA MARIA.

VI.

Conclusion.

Sucedió que la Hermana Angélica se presentó un dia á la puerta del palacio de la condesa Maria á pedir una limosna para las pobrecitas niñas que todos los dias iban quedando huérfanas.

Aunque no la habia visto nunca conocia muy bien su generosidad, y se arrojó á pedirle para sus huérfanitas.

La condesa le mandó dar una buena limosna, sin permitirle que entrase.

Angélica al recibir la limosna, supo que la señora se hallaba rodeada entonces de sus amigos.

La caridad no es tímida cuando se le presenta ocasion de hacer algo por los infelices.

Angélica quiso entrar; esperaba hallar corazones generosos, entre los amigos de la condesa.

El criado, creyendo que contribuia á acrecentar el dinero de las huérfanas, le permitió la entrada.

Maria, al ver á la Hermana Angélica, volvió al punto la cara á un lado.

Angélica se quedó parada, mu-

(1) Matth. XVI, 26.

da de sorpresa, en medio de la sala.

Pero un instante despues aquellos dos seres angelicales se lanzaron en brazos la una de la otra.

Mil afectos expresaban sus miradas y movimientos, la amistad, la admiracion y hasta la duda.

Parecia que eran dos amigas que acababan de reunirse despues de una larga ausencia.

Para la Hermana Angélica aquel reconocimiento era una revelacion.

Se necesitaba abrigar un corazón avezado al heroismo de la caridad para comprender cuán grande debia ser ante los ojos de Dios el alma de aquella mujer mundana en quien encontraba la Hermana Angélica á la viuda á la mendiga muda, que todas las mañanas veia entre los grupos de los pobres.

VII.

La encantadora y alegre condesa era aquella jóven que, oculta bajo el viejo sombrero, el espeso velo y el chal, contemplaba, confundida con los pobres, sus lamentos, sus súplicas y sus lágrimas, sorprendiendo lo mas íntimo de sus dolores (cosa que solo se cuenta á sus iguales), y que enterada de las necesidades de todos, podia entregar luego á su mayordomo la lista detallada de los socorros que tenia que llevar.

María se convertia en mendiga por la mañana para ser rica con

discernimiento por la tarde y por la noche.

Por la mañana se hacia la hermana de los pobres, para ser á la noche su madre.

Cuando rica, feliz, elegante graciosa y admirada, atravesaba las calles de Paris, ¿quién hubiera reconocido en ella á la mendiga de por la mañana?

Confundiase con los desgraciados para consolarlos, y con los ricos para animarlos.

Unia en la paz y en el amor de Dios los deberes de la religion y los deberes del mundo.

VIII.

Lector, si esta historia no te parece sublime, mia es la culpa, porque no te la he sabido contar bien.

Por lo que á ella toca, no puede ser mas sublime y encantadora.

Hace muy poco tiempo que llegó á mi noticia, porque tambien hace muy poco murió la condesa Maria. La Hermana Angélica y el mayordomo guardaron el secreto mientras que ella vivió.

La virtuosa señora goza ya de la vista inefable del que *es caridad*, no dejando en pos de sí mas que estos dos confidentes de sus sublimes aventuras.

JOSÉ MARIA LEON Y DOMINGUEZ.

VARIETADES.

•Nada semejante á la institucion del Sábado. Antes y despues del Legislador del Sinaí,

fué conocido y ejecutado entre los hombres. El Domingo, Sábado cristiano, cuyo respeto parece haber disminuido, *debe revivir en todo su esplendor.*—(Proudhon.)

«El descanso del Domingo, á mas de ser un deber religioso, es un deber humano, que tiene por objeto el proteger la salud y la vida. Desgraciado el jornalero que no santifica el Domingo, pues pagará caro el dinero ganado de una manera culpable en un día que debe ser de descanso.»—(Paolo Maganzza, profesor de Medicina.)

«La mayor recompensa y gloria de los admirables trabajos de M. Le Play, consiste principalmente en haber demostrado, y no ciertamente con pruebas sentimentales, sino por los rigurosos procedimientos de la ciencia, que así la felicidad de los individuos y familias, como aun la misma grandeza de las naciones, se hallan íntimamente enlazadas con las observancias y el cumplimiento de la ley moral. Esta ley es de todos conocida, pues según he echado de ver en mis largos viajes, no está borrada ni aun en los corazones de los salvajes africanos.

«El precepto de santificar el día del Señor paréceme que es, tanto como un precepto divino, una ley impuesta por las necesidades físicas. A este propósito citaré la experiencia que hizo M. Emile Raabe, amigo mio; el

cual, dirijiendo en calidad de ingeniero los trabajos del camino de hierro de los Dombes, procuraba interrumpir de cuando en cuando las tareas de los empleados de sus oficinas, notando cuidadosamente el atraso que estas interrupciones ocasionaban. Después, á fin de reparar este atraso, exijia que trabajasen todos sin intermitencias y no exceptuando ni siquiera los Domingos. Luego de acabado el trabajo hecho de esta manera, remuneraba y premiaba á sus empleados, anunciándoles que en adelante permanecerian cerradas las oficinas en Domingo.

»Trascurrido algun tiempo, M. Raabe, sin comunicar á nadie sus intenciones, suscitó de nuevo motivos plausibles para que adelantasen lo perdido trabajando con mayor regularidad y ahinco, pero exceptuando ahora los Domingos; resultando de esta doble experiencia, que una misma suma de trabajo requería mas tiempo cuando se trabajaba todos los días consecutivamente, que cuando se paraba y descansaba en los Domingos: por donde la razon y la conveniencia del reposo dominical fué prácticamente demostrada.»—(Antoine d'Abbaide, en una nota dirigida á la Reforma Sociale.)

COMO SABE MORIR UN JESUITA.

—
TRADUCCION.

Un gobernador del Japon que quería lisonjear á su rey, hizo construir sobre una lengua de tie-

rra que avanzaba dentro del mar, una prision expuesta á todos los vientos. Se componía de una série de jaulas en las cuales no era posible estar de pié ni sentarse, y que no preservaban ni de los rayos del sol ni de los rigores del frio. El gobernador arrojó dentro de estas jaulas al padre Spinola y catorce religiosos mas, culpables por haber predicado la castidad, la limosna, la igualdad cristiana y el amor de Dios. Pensaba, al hacerlos perecer sin aparato, extinguir el celo que se aumentaba con las hogueras.

¿Qué sucedió? los japoneses se denunciaron como cristianos para entrar en aquella horrible prision, y cuando fueron encerrados en ella, solicitaron el honor de ser agregados á la Compañía de Jesús. Spinola los admitió, y la prision se vió pronto convertida en un colegio de novicios. Al ver esto el gobernador, creyó siguiendo el consejo de los protestantes ingleses, que sería mejor quemar vivos á los Jesuitas.

Así, despues de tres años pasados en las jaulas de Ormura, Spinola, sus compañeros y los neófitos fueron conducidos á la hoguera. Treinta y tantos cristianos indígenas debían de ser decapitados el mismo dia y en el mismo lugar. Cuando las dos tropas de mártires se encontraron, Spinola entonó el *Laudati pueri Dominum*. Los sacerdotes, los cristianos á quienes la muerte esperaba, y los que se halla-

ban entre la muchedumbre de los espectadores y se honraban con su parentesco con su amistad ó con su conocimiento, todos á una sola voz hicieron coro á este cántico de alabanzas. Spinola habló en seguida.

Los literatos del Japon, enseñados por los mercaderes protestantes de Holanda é Inglaterra, alegaban ya en aquella época contra los Jesuitas, los argumentos que reproducen los folletines de algunos periódicos de nuestros dias. Spinola, desde la cima de la hoguera, dijo en pocas palabras cual era la ambicion que los habia arruinado, y se regocijó de poseer al fin los bienes que habia venido á buscar. Mientras hablaba distinguió entre los mártires á Isabel Fernandez, esposa de un portugués en cuya casa habia sido aprehendido, y le preguntó donde estaba su hijo, el pequeño Ignacio que él habia bautizado cuatro años antes, la víspera de su prision. Isabel levantó en sus brazos al niño, que como todos los cristianos llevaba sus mejores vestidos y le contestó: «Vedle aquí padre mio; el se regocija de morir con nosotros.» Despues dirigiéndose al niño añadió; «mira hijo mio á aquel que te ha hecho hijo de Dios y te ha dado una vida mil veces preferible á la que vamos á dejar; implora su bendicion para tí y para tu madre.» Ignacio se arrodilló y cruzó sus pequeñas manos inclinando su cabeza: y el confesor, probado por veinte años de martirio, envuelto

y sofocado casi por las llamas, bendijo al mártir de la primera infancia. Un grito de conmiseración salió de todos los pechos. Para reprimirlo, los jueces dieron la señal de la ejecución, y las treinta y tantas cabezas de los cristianos cayeron en un instante.

«¿Sabéis cuál es el grande é implacable enemigo de la instrucción del pueblo? Es el trabajo del domingo, que le condena á la ignorancia, que le impide todo cultivo sério y fecundo del espíritu y del corazón. Privarle del descanso de este día, es privarle del conocimiento de sus derechos y de sus deberes para sujetarle á las exigencias de la vida animal; es arrebatarse los medios de conocer la luz, con la cual respeta la Religión y las costumbres.

«Suprimir el domingo es, pues, de hecho y para la mayor parte de los obreros, suprimir la instrucción».—(*Montalembert.*)

SOLDADOS Y MARTIRES.

Cuando Abd-el-Kader hacia prisioneros ó encontraba desertores, les proponía inmediatamente que abrazasen el islamismo. Los desertores no rehusaban generalmente, y Abd-el-Kader no les entregaba las armas ni se creía seguro de ellos sino con esta condición. Hé aquí lo que los hacia tan odiosos á nuestros soldados. Por el contrario,

muchos de los prisioneros han muerto mártires, habiendo preferido voluntaria y formalmente la muerte á la apostasia.

Una vez, bajo el mando del mariscal Valéc, un puesto avanzado poco vigilante fué sorprendido en las inmediaciones de la Maison Carré, sin disparar un tiro, por los árabes de Abd-el-Kader, que dieron á elegir entre la adjuración ó la muerte á sus prisionero.

El oficial que mandaba la fuerza sorprendida, despues de un momento de silencio, consultó con la mirada al tambor que estaba de pié cerca de él.

—Mi teniente, dijo el heróico soldado en voz alta; vos hareis lo que gustéis, yo no reniego de mi bautismo ni de mi Dios.

—Ni yó; replico el oficial.

—Ni yó!—Ni yó!—Ni yó! exclamaron unos despues de otros, á excepcion de dos tan solo, aquellos santos y gloriosos hijos de la Francia; y á excepcion de los dos apóstatas todos fueron decapitados en el acto.

Los renegados fueron conducidos á Tay dempt; el uno murió allí, el otro pudo evadirse y volvió al campamento francés, en donde dió cuenta de lo sucedido. Nosotros leímos la relacion firmada por el coronel Lamoricie-re; y si no recordamos mal, escrita toda ella de su letra, hoy debe encontrarse en los archivos del gobierno de Argel.